

do, profane irreverente los Divinos cultos? Pero si tú, mi Dios, has querido en tu Santo Templo ponernos patentes las Aras de tu clemencia, el propiciatorio de tu misericordia, el asilo de tu piedad, hoy en él nuestras almas adoren humildes tu grandeza; confiese todo nuestro exterior compuesto, nuestros religiosos respetos, para que así por lo que te pagamos en debidos cultos, nos retornes los auxilios de gracia.

---



---

## PLATICA VII.

DE LA ADORACION QUE DEBEMOS DAR A LOS SANTOS, Y MUY ESPECIALMENTE A MARIA SANTISIMA.

---

*A 8 de Diciembre, dia de la Purísima Concepcion, año de 1690.*

---

**S**ABIDO cuánto tiene de alto una pirámide, fácilmente podrá tantear un arquitecto cuánto le corresponde de ancho en la basa, pues que allá rematando en punta, ha de bajar creciendo siempre hasta quedar mas ancha en el cimiento; pero si no se puede tantear la altura de su punta, imposible será proporcionar acá en el fundamento lo ancho. Figuraos, pues, una pirámide que desde la tierra hubiera de llegar con su punta mas allá de la luna; bien habia menester por basa todo el ámbito de la tierra: es demostracion Matamática. ¿Pues, y si esa pirámide hubiera de pasar de alto todos los cielos, hasta llegar al firmamento? No solo no habia espacios en todo el órden de la tierra para su basa, pero ni capacidad en nuestro entendimiento para solo pensar su anchura. ¡Pues oh, MARÍA! ¡qué material, y qué toscamente he

dado á entender tu grandeza! Suplé tú á mi voz lo que desea mi afecto. Suple á mi lengua lo que concibe de tí mi corazon. Suple á mi entendimiento lo que quisiera en alabanzas tuyas mi voluntad: y solo digo, que si se sublima pasando mas allá del firmamento, hasta tocar en el mismo Dios, la punta de tu dignidad de madre suya, bajando desde allí á proporcion de esa altura, creciendo tu gracia, ¿cuál será la basa? ¿cuál será el cimiento de tu Concepcion purísima? ¿Cómo subiera tan sobre todos los cielos elevada tu dignidad de madre de Dios, si no tuviera por basa en tu concepcion todos los espacios á que alcanza el favor divino, todas las dilaciones á que puede extenderse la gracia? Y si jamas podrá alcanzarlas nuestro entendimiento, célebrelas siquiera nuestra rendida adoracion.

Este es el punto de Doctrina que hoy se nos sigue: ¿Qué adoracion le debemos á María Santísima? Y á tal pregunta yo os confieso, que vacilante en tanto mar mi corto entendimiento, rayos quisiera tener por voces, y llamas por palabras. Fúndase, pues, toda adoracion en la excelencia con que se nos aventaja el que adoramos. (Vide Suar. t. 1. in 3. part. d. 51.) Por eso en estas adoraciones de mundos civiles y políticas, á aquel se adora por el puesto en que precede, al otro por la dignidad, al otro por el poder. Pero elevado esto á motivo y razon sobrenatural, nos obliga la virtud de la religion á adorar á todos los Angeles y Santos, por lo que se nos aventajan en aquel estado dichoso, y en la mayor honra, que es la santidad y la gracia. Y esta es la que se llama adoracion de *Dulia*, que en nada se opone á la suprema adoracion de *Latria*, que á solo Dios debemos: así como no se ofende el Rey de que reverenciamos á

sus Ministros, y antes se agrada de eso, y nos lo manda, porque la reverencia que á estos hacemos, es por la autoridad que del Rey tienen participada. ¿Y cuánta debe ser la reverencia con que adoramos á los Santos? Mucha mas que cuanta han tenido los mayores Emperadores y Reyes, dice San Gregorio Niceno, hablando de San Teodoro mártir: *Quis Imperatorem adeó honoratus, ut hic miles pauper?*

Ahora, pues, si por su santidad, si por su gracia, en que tanto se nos aventajan, ha de ser tan rendida nuestra adoracion á los Angeles y á los Santos, ¿cuál debe ser la adoracion con que adoremos á María Santísima? Para poder formar algun concepto, era menester alcanzar primero el inexplicable abismo de su gracia, que solo Dios puede comprender: *Tanta es perfectio Virginis, ut soli Deo cognoscenda reservetur*, dijo San Bernardo. Era menester conocer la distancia infinita con que, sobre todos los Santos juntos, se eleva mas alta que cuanto dista de la tierra al firmamento su soberana dignidad. *Inter Matrem Dei, et servos Dei est infinita distantia*, dijo San Anselmo. Lo que vá del de la madre del Rey á los esclavos, eso vá de MARÍA á los Santos; mas para que podamos formar algun concepto de su gracia y de su dignidad, explicaréme como pudiere.

Afirman gravísimos Teólogos, que en el primer instante de su Concepcion, tuvo la Señora mas gracia que toda cuanta gracia han tenido y tienen juntos los Angeles y los Santos. (Suar. t. 1. in 3. p. d. 4. sec. 1.)—¿Mas gracia?—Sí, que eso nos dá á entender David cuando nos dice que á esta casa de Dios se le echaron los cimientos allá sobre todos los mayores montes de

santidad: *Fundamenta ejus in montibus sanctis.* MARÍA es, dice San Gregorio el Grande, aquel monte que preveía Isaías, preparado para de Dios, y por eso puesto sobre las coronillas de los montes. MARÍA es aquellas puertas de Sion que amó Dios mucho mas que todos los tabernáculos de Jacob: *Diligit Dominus portas Sion, super omnia tabernacula Jacob.* Pero apoyada esta verdad en las Escrituras y Padres, la confirmó la misma Señora, enviándole á dar las gracias á nuestro Eximio Doctor padre Francisco Suarez, porque fué el primero que introdujo esta verdad en las escuelas, con aplauso comun de los Teólogos. (*in ejus vita*) ¿Mas qué cosa es tener MARÍA Santísima mas gracia en su primer instante, que cuanta tienen todos los Angeles y Santos?

No se hace concepto de lo que es un millon hasta que se cuenta. Pues aunque sea muy por mayor, id conmigo y vamos contando. No hay duda que son tantos los millares de los Angeles, que no tiene el guarismo números para contarlos: *nunquid est numerus militum ejus?* dice Jacob. Y de aquí Santo Tomás, siguiendo á San Dionisio, enseña que excede el número de los Angeles al número de todas las cosas corporales, cuanto excede en grandeza los cielos á la tierra. (D. Th. I. p. q. 50. art. ult.) De modo, que son mas en número los Angeles que todas las estrellas del firmamento; mas que todas las gotas y que todas las arenas del mar; mas que todas las hojas de los árboles; mas que todos los átomos del aire; mas y mucho mas. (Suar. *lib. I. de Angel. c. II. n. 13.*) ¡Oh, qué número tan sin número! Ahora, pues, poned que cada Angel no tuviera mas que un solo grado de gracia, uno solo, ¿cuánta sería toda esa gracia junta?

Pues mas que toda esa gracia junta es la gracia de MARÍA en su Concepcion. ¡Oh, qué abismo! Si lo es; pero aún estamos á la orilla. En todo ese número de Angeles ván subiendo, dice el Doctor Angélico, así como en las perfecciones de naturaleza, así tambien en las perfecciones de la gracia, como suben los números que el dos excede al uno, el tres al dos, y así de los demas. Ahora pues, yo quiero que pongais en el Angel mas ínfimo un solo grado de gracia: si este se vá luego doblando de dos á cuatro, de cuatro á ocho, de ocho á diez y seis, y así de los demas, por tantos millares de millares de Angeles, hasta el supremo Serafin San Miguel, ¿cuánta será allí la gracia? Veranlo presto.

Instábele un caballero á otro caballero, que le habia de vender un caballo que él estimaba tanto, que le parecia que no habia precio para él en el mundo; pero tanto le porfió, que le dijo: Ahora Señor, el caballo no tiene precio, yo os lo daré de valde; pero con tal que me habeis de pagar solo los clavos de sus herraduras, con esta ley: que por el primer clavo me habeis de dar un real, uno solo; por el segundo, dos; por el tercero, cuatro; y así habeis de ir doblando siempre el precio á cada clavo hasta el treinta y dos. Convengo en ello, dijo al punto, entendiendo mas de soldado que de contador. Llegan á las cuentas y ván doblando números desde el uno hasta el treinta y dos. Suman y hallan: ¿cuánto les parece? Doscientos catorce millones, setecientos cuarenta y ocho mil, trescientos sesenta y cuatro. ¡Oh, qué máquina! Eso es ir doblando los números solo en espacio de treinta y dos. ¿Pues qué suma saldrá si se doblan desde un Angel hasta millones de millones de Angeles?

Pues sobre toda esa suma es la suma de la gracia de MARÍA en su primer instante. Y eso es, dando de barato que empiece por el primer Angel la cuenta, por un solo grado de gracia. Pues llegad ahora tantos millones de mártires, confesores y vírgenes, ¿cuánta gracia tendrá cada uno? ¿Y cuánta todos juntos? Mas que toda esa, mas que toda es la gracia de MARÍA en su primer instante: *Fundamenta ejus in montibus sanctis*. Dejo ahora por quedarme solo en su Concepcion, los aumentos de esa gracia que fué doblando por todos los instantes de su vida. Dejo la que los Teólogos llaman gracia *ex opere operato*. Dejo todo el Espíritu Santo sobre MARÍA al encarnar al Hijo de Dios en sus entrañas. Dejo mares inmensos, dejo insondables abismos, y solo digo con el Crisólogo: No sabe cuánto es Dios el que al ver á esta Vírgen no se pasma; el que al ver esta Señora no se anega en admiracion.

Pero á tantos abismos de gracia junta ahora la dignidad de Madre de Dios, que ya gozó MARÍA desde su primer instante: *quando non Maria Mater?* ¿Y qué cosa es ser Madre de Dios? Aquí se suspenden mudos los Serafines; mas para entender algo, poned que una muger fuera madre del Rey de España, del Rey de Francia, del Emperador de Alemania, y del Sumo Pontífice de Roma, ¿qué honra seria la de esta muger tan dichosa? Pues nada. Poned que esa misma fuera madre de todos cuantos hombres grandes ha tenido el mundo, y es muy poco. Poned que fuera madre de once millones de mártires, de tantos Pontífices, confesores y vírgenes, como adoramos en los altares. Y en fin, poned una muger que ella sola tuviera la honra de ser madre de todos los bienaventurados

juntos, y si pudiera ser tambien, de todas las gerarquías de los Angeles. ¿Sería esta mucha honra? Ya se ve. Pues con todo eso aun no merecia ser ni criada de la Madre de Dios; aun no merecia ser esclava de MARÍA. Mirad ahora qué honra seria la de esta dignidad, la mayor que haya debajo de Dios. (D. Th. 1. p. q. 25. á 6.) Bien pudo Dios, dice Santo Tomás, criar millares de firmamentos mas lucidos, millares de cielos mas puros, millares de mundos mas hermosos; pero otra mejor Madre que MARÍA no pudo criarla Dios, porque así como Dios no puede crecer en perfeccion, pues que las tiene todas, así ni la que es Madre suya puede crecer en dignidad, ni puede ser mayor Madre que la que es Madre de Dios, como ni puede ser mayor Dios que el que ella tuvo en sus entrañas.

Ahora, pues, si la mayor excelencia, dignidad, poder y grandeza, ha de ser el fundamento y la medida de la adoracion de esta Madre tan infinitamente soberana; á esta Vírgen, á quien faltando solo el sér Divino, la vemos anegada en tan inmensos piélagos de gracia, ¿qué reverencia le debemos? ¿qué obsequios? ¿qué adoraciones? ¿qué culto? No parece sino que veo á la Iglesia nuestra madre, suspensa á la admiracion de tanta maravilla, preguntarse á sí misma lo que allá Asuero preguntaba: *¿Quid fiet homini, quem Rex honorare desiderat?* ¿Qué haremos con esta Señora? ¿Qué honra le daremos á la que así vemos que Dios empeña todo su poder en honrarla? Por una parte, honrarla solo como criatura, parece muy poco, cuando ella venciendo á todas juntas en su gracia, tanto se acerca á Dios en su dignidad. Por otra parte, venerarla como Divina es mucho, pues que Dios es uno

solo. ¿Pues qué haremos? *Quid fiet?* ¿Qué? Darle una adoracion, que despues de Dios, sea la suprema; una adoracion que sea particular y especial suya, que ni tenga ni pueda tener igual en las que se dán á todos los Angeles y Santos. Esa es la que llamamos adoracion de *Hiperdulia*, que es la con que debemos adorar á la Señora: tan superior á la adoracion que damos á los Santos, que estos tambien en el cielo la adoran como á su Señora; tan superior á la que damos á los Angeles, que estos le doblan la rodilla como á su Reina. Bien pudiera la Iglesia haber dado á María la adoracion de *Latria*, á la manera que se le dá á la Santa Cruz, porque fué instrumento de nuestra redencion, porque tocó inmediatamente aquel Divino Cuerpo de nuestro Redentor. (Vid. *Suar. tom. 2. in 3. p. d. 13. sec. 3.*) Eso mismo hizo la Señora; pero si le diera la Iglesia la adoracion de *Latria*, pudiera equivocarse nuestra ignorancia, y pensar que le dábamos esa adoracion no por aquel solo exterior respeto. Pues no. Adoren á María como la mas suprema criatura, y ademas páguele la Iglesia con repetir sus cultos. Por eso ha consagrado á la Señora mas fiestas que el año tiene meses. Cada semana le dedica á honra suya un día, cada dia tres veces, á son de campanas, nos convida á que postrados la saludemos. En la misa tan repetidas veces invocamos su nombre Santísimo, en los sermones doblamos primero la rodilla al elogio de su inmaculada pureza, y pedimos luego su intercesion para la gracia. ¡Oh! ¿qué cuidado es este de la Iglesia? Qué ha de ser fieles, sino decirnos que si pudiera ser, cuantas veces respiramos habiamos de alabar y adorar esta bellísima criatura, embeleso digno de todos los amores de Dios. No habia de haber ins-

tante en que no le hiciéramos especial reverencia. Así parece que lo hacia la beata María Ogniese, de quien se refiere que entre dia y noche, saludaba á la Señora, hincando la rodilla mil y cien veces. Mas ya que no sean tantas, saludémosla siquiera siempre que veamos su imágen, diciéndola: AVE MARÍA. Así la saludaba siempre San Bernardo, y una vez le respondió con indecible dignacion la Señora: *Dios te salve, Bernardo.*

Pero si en el punto de su Concepcion hizo Dios en María la mas lucida ostentacion de su gracia, en este misterio dulcísimo ha mostrado la Señora cuánto le agrada que la reverencien con innumerables maravillas. Dígalo aquel niño en Sevilla, que siendo de solo trece meses, mamando al pecho de su madre, oyó á los otros que iban cantando alabanzas á la pureza inmaculada de MARÍA, y dejando él el pecho, volvió entonando en claras y bien articuladas voces: *Todo el mundo en general,* etc. Dígalo el otro muchacho que, arrojando por travesura en una grande hoguera una imágen de papel de la Concepcion de MARÍA, la imágen se estuvo volando en medio de las llamas, entera y sin lesion, por tanto espacio de tiempo, que bastó para que llamando al Obispo, viniese y por su mano la sacase de las llamas sana y entera. ¡Oh, qué he de decir, que no hay tiempo! Concluyo juntando al amor nuestro interes, que no hay aprietos á que invocada la Concepcion Purísima de MARÍA, no lo socorra. En partos peligrosos cada dia lo vemos: en enfermedades desesperadas, estupendos milagros lo atestiguan.

Entre muchos, escojo este prodigioso suceso por mas moderno. Refiérelolo nuestro erudito Teófilo Raynaudo. (*Rayn. t. 8 fol. 325. Piet. Leg. erga.*

B. M. V.) En Roma, en el monte Quirinal, en un monasterio de monjas Capuchinas, una de ellas padecía gravemente enferma de mal de piedra, sin dejarle la enfermedad descanso, ni hallar en los medicamentos alivio. Su confesor, que era un religioso Capuchino, dióla una cedula de papel en que estaban escritas estas palabras: *La Concepcion de Maria sin mancha*; y dijole que se la aplicase con fé de que la Señora la alcanzaría la salud. La monja, pareciéndole poco aplicársela, lo que hizo fué comérsela. Tragóse la cédula, y al punto (¡oh maravilla!) arrojó dos grandes piedras, sin dolor alguno, y en cada una de ellas escrito: *Conceptio immaculata: La Concepcion immaculada*. Voló al punto la fama del prodigio; recibieronlo unos con la debida admiracion; mas no faltaron otros que quisieron oscurecer su verdad. Pero con testigos de toda excepcion autenticado el milagro, corrió luego en escritos por toda la Italia, y fue lo confirmando sanando así á muchos del mismo achaque. Sucedió esta maravilla á 13 de Noviembre del año de 1652. Mas al pobre religioso, como si en haber dado un tan saludable remedio hubiera cometido algun delito, privándolo de oficio lo desterraron sus prelados de Roma, con pena que le impusieron de perpetua cárcel si volvía á hablar de aquel que ellos llamaban, no milagro, sino embuste ó fingimiento. Volvió MARIA Santísima por su honra; porque el año de 1657, á 12 de Febrero, estando el Cardenal Rapacciola del mismo achaque tan al último apretado, que habiendo pasado ya ciento siete horas de supresion continua, recibidos los Sacramentos, esperaba por instantes la muerte. Su confesor, acordándose de aquel milagro, escribe al punto en una cedula de papel estos versículos de la

Iglesia: *In Conceptione tua, Virgo Immaculata fuisti; Ora pro nobis Patrem, cujus Filium peperisti*. Dásela en agua á beber al enfermo, que era devotísimo de este misterio, y al punto, (¡oh Dios, siempre en MARIA mas admirable!) al punto arrojó siete piedras, y en una de ellas envuella aquella cedula; y quedó en un momento sano. Llenóse toda Roma de júbilos, de aclamaciones y de aplausos. ¡Oh, y el orbe todo los repita, MARIA, en alabanzas de tu Inmaculada pureza! ¡Oh, y cómo el cielo desde tu primer instante te adora Reina adornada de abismos de gracia! Así toda la tierra te adora siempre pura y libre de la menor mancha, y para que acompañen nuestros corazones á los Serafines en los afectos, en tu reverencia, en tu culto, repártenos liberal de lo mucho que te sobra de gracia.